

Indagación sobre la infinitud en "La muralla china" de Franz Kafka

Irena Chytrá

Antropóloga y traductora



Franz Kafka (1883–1924), escritor nacido en el seno de una familia judía en Praga, donde por siglos coexistió el espíritu checo con el alemán, el cristianismo con el judaísmo, el misticismo con la modernidad; configuración que impregnó profundamente su obra creada en alemán —a excepción de algunas epístolas escritas en checo a su compañera sentimental Milena Jesenská—. Se consagró con *La metamorfosis* (1915), *América* (1912 y publicada en 1927), *Carta al padre* (1919), *El castillo* (inconcluso, 1922) y *El proceso* (1925), entre otras.

"La muralla china" encierra un conjunto de relatos intimistas y poco explorados que conforman la obra póstuma de Kafka, resguardada y seleccionada por Max Brod. Concebida presumiblemente en el contexto del fatídico año de 1917 —marcado por la ruptura del segundo compromiso con Felice Bauer, por el diagnóstico de tuberculosis, el abandono de la ciudad y el sumergimiento en el estudio del hebreo, la obra de Kierkegaard y la Biblia— reúne los siguientes relatos: "De la construcción", "El rechazo", "La cuestión de las leyes", "El reclutamiento" y "Un fragmento". El corpus de los textos integrantes se distingue por su carácter heterogéneo e incluso divergente del título, de manera que es el relato inaugural —"De la construcción"— el que brinda la mayor fidelidad temática. Cabe mencionar que un fragmento nuclear del presente relato vuelve a aparecer bajo el título "Un mensaje imperial" dentro del compendio *Un médico rural* (1919).

José Luis Cuevas, Kafka, 26-IV-1969
Tinta sobre papel, 15.5 x 17.9 cm

José Luis Cuevas, Kafka II, 22-VIII-1969
(Serie The Worlds of Kafka and Cuevas,
Falcon Press)
Tinta y aguada sobre papel, 27.5 x 17.2 cm
(Página siguiente)



KAFKA (II)

"The WORDS
OF KAFKA
and
Chevas"
(Falcon
Press)

22 VII 69

Solemne e inerte, incrustada en una yerma geografía, se erige la inconmensurable grandeza arquitectónica de la Muralla china: epitome de la infinitud inmanente de las visiones de Kafka (la sucesión infinita de las culpabilidades de Joseph K. en *El proceso*; el desconsuelo infinito del agrimensor K. ante la ilusión de penetrar al Castillo) y contrastada con la despiadada transitoriedad de la vida de sus ejecutores. Muralla infinita. China infinita —y amurallada— que el cielo mismo apenas abarca. Emperador embriagado con la infinitud y absorto en la evocación de la perennidad. Generaciones —aquellas vastas muchedumbres— que inmolaron la confianza en sí mismas, en la Muralla y en el mundo. Concatenación de hipérboles que auguran un miedo infinito con el dejo de fatalidad.

Éste era el procedimiento: se formaban grupos de unos veinte trabajadores, que tenían a su cargo una extensión cercana a los quinientos metros, mientras otros grupos edificaban un trozo de muralla de longitud igual que se encontraba con el primero. [...] Naturalmente que quedaron grandes espacios abiertos que tardaron muchísimo en cerrarse: algunos lo fueron años después de proclamarse oficialmente que la Muralla estaba concluida. Se afirma que hay espacios vacíos que nunca se edificaron.

Una vez consumada la unión se suscitaba el júbilo, ya que los seres humanos, devastados por la magnitud —infinita— de la empresa, se volvían propensos a sucumbir ante la futilidad de un trabajo que excedía el término natural de la vida. No se proseguía entonces la construcción sino que, en plena exaltación de las fiestas que celebraban los mil metros realizados, se les arrancaba del lugar y destinaba a una región remota para repetir dicha operación, profundizando su desarraigo, negando cualquier posibilidad de apropiarse de este hábitat, de conferir un principio a su cometido histórico y vislumbrar su cúspide aunque desdibujada a la distancia; cultivando persistentemente la incertidumbre de la realización humana.

En la travesía divisaban aquí y allá trozos de muralla concluidos, pasaban por altas jefaturas donde les entregaban premios honoríficos, escuchaban el júbilo de los nuevos ejércitos laboriosos que llegaban de los confines del país, veían bosques talados para apuntalar la Muralla, veían las montañas hechas canteras y escuchaban los himnos de los fieles en los santuarios rogando por la feliz culminación de la empresa. Todo eso aplacaba su impaciencia. La vida tranquila de sus hogares, donde acostumbraban descansar un tiempo, los fortalecía; el respeto que infundían, la credulidad piadosa con que eran recibidas sus palabras, la fe de los humildes ciudadanos en la pronta conclusión de la obra, todo eso reemplaba las fibras de su alma.

Bajo una existencia trashumante se revestían de criaturas errantes encomendadas a merced de la Muralla, misma que engendraron, dotaron de vida sacrificando la suya, sus esperanzas y su inasible porvenir. Esta quimérica mancomunidad se vuelve antítesis de la polis griega al mimetizarse en una condición resquebrajada con la Muralla. La cadencia narrativa enuncia la incipiente condena: el hombre, desde la colocación de la primera piedra, ofrenda su soberanía. La Muralla devora a sus ejecutores y los transfigura en ejecutados. Impone sus despiadados cánones del mito del eterno retorno y rompe con los ciclos milenarios inherentes a la existencia humana. Deslumbra, reduce, absorbe y escupe contra el vacío.

La fábula es hilvanada a modo de un *hagadah*, género anecdótico propio de la literatura rabínica que se dilata ahondando en detalles singulares y bifurcándose en infinitas vertientes interpretativas. Nos hallamos ante una escritura laberíntica, hermética y oscura, repleta de metáforas cautivas de la intertextualidad: por un lado una edificación impregnada de extrema sofisticación; por el otro, ambivalencias desconcertantes que inescrupulosamente socavan la esencia misma de la Muralla. ¿Qué defensa —para los siglos venideros— contra

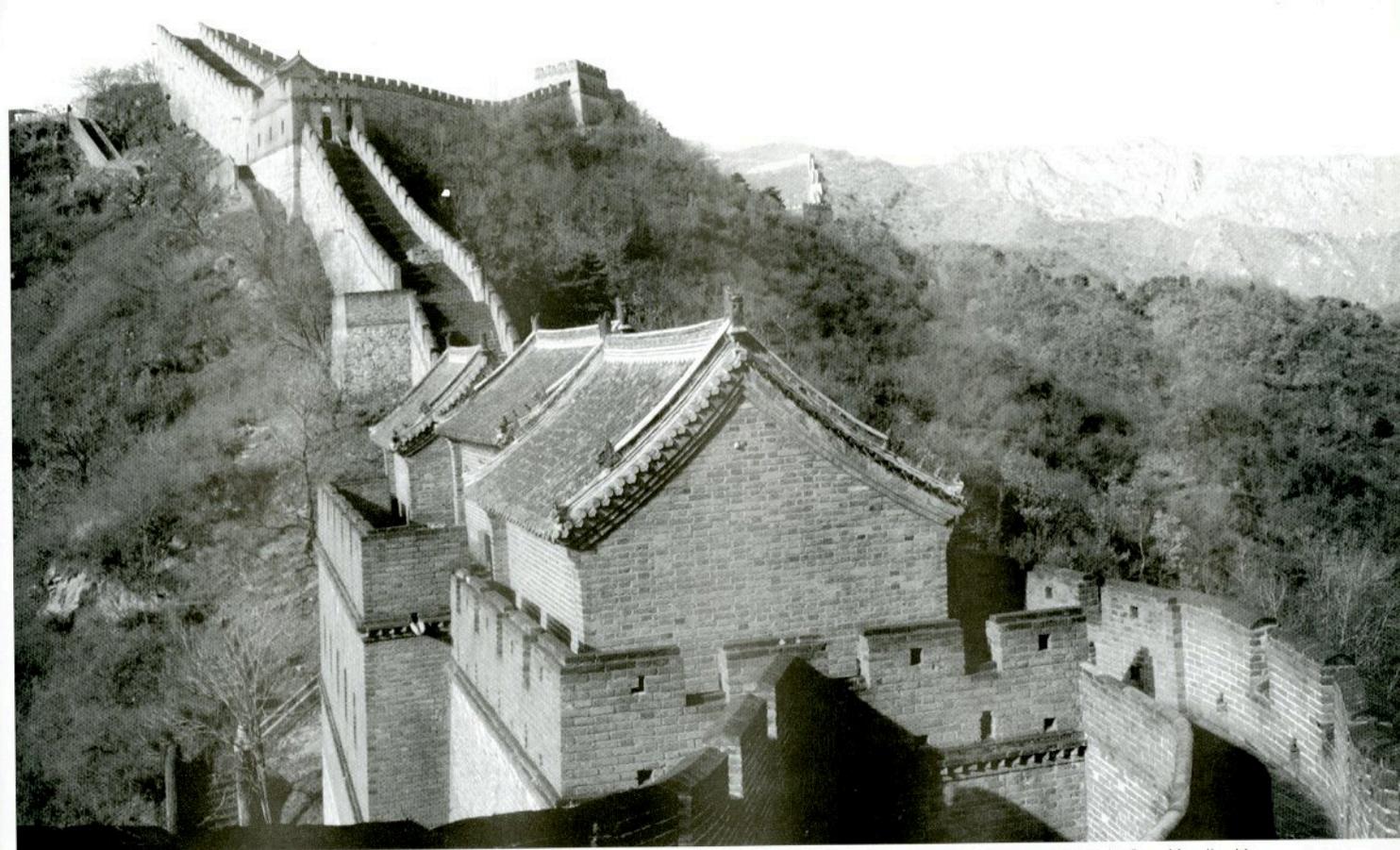
Todo, absolutamente todo, se subordinaba a la construcción de la Muralla, siendo ésta la finalidad única de la existencia humana. Bajo este panorama subyace la proclamación de la hegemonía de la arquitectura y la albañilería

los nómadas del Norte puede brindar una muralla discontinua, fragmentada y permeable? El desazón de la perplejidad se torna imperioso:

Yo vengo del sureste de China. Ningún pueblo del Norte nos amenaza. Leemos las historias antiguas, y las crueldades que estos pueblos cometen, siguiendo sus instintos nos hacen suspirar bajo nuestros pacíficos árboles. En las auténticas figuras de los pintores vemos esos rostros crueles, esas fauces abiertas, esas mandíbulas ceñidas de dientes puntiagudos, esos ojos entornados que parecen buscar carne débil para el brillo de sus dientes. Cuando los niños se portan mal les mostramos esas figuras y ellos se refugian en nuestros brazos. Pero eso es todo lo que sabemos de esos hombres del Norte. Nunca los hemos visto y si permanecemos en nuestra aldea no los veremos nunca, aunque resolvieran precipitarse sobre nosotros al galope tendido de sus caballos salvajes... demasiado vasta es la tierra y no los dejaría acercarse... su carrera se estrellaría sobre el vacío. Entonces ¿por qué abandonamos nuestros hogares, el río y los puentes, la madre y el padre, la mujer deshecha en lágrimas, los niños sin amparo... Por qué? La Dirección lo sabe. [...] Agitados por ansiedades gigantescas, lo saben todo acerca de nosotros... Prefiero sospechar que la Dirección no es menos antigua que el mundo y asimismo que la decisión de hacer la Muralla... Los constructores de la Muralla conocemos la verdad y callamos.

El apacible tenor de la narración sugiere que se tratara de la empresa realizada por una divinidad, cuando de súbito irrumpe en el escenario el fantasma de la Dirección, instancia donde se convulsionaban "todos los pensamientos, todos los deseos humanos [...] todas las plenitudes: por la ventana abierta caía un esplendor de mundos divinos sobre las manos que trazaban los planos". La Dirección propugnó la edificación parcial de la Muralla. ¿Elegió deliberadamente un medio inadecuado? La gélida plegaria, resguardada entre cursivas —las únicas a lo largo del texto—, despide una sentencia inequívoca: *Trata de comprender con todas tus fuerzas los órdenes de la Dirección, pero sólo hasta cierto punto; luego deja de meditar. No quieras penetrar demasiado en los órdenes de la Dirección.*

La Muralla se instaure como la obra más ambiciosa de todos los tiempos con la que pudiera rivalizar sólo la Torre de Babel. No en vano pasaba de mano en mano el libro que pretendía atribuir el colapso de la Torre de Babel a la debilidad de sus cimientos, mientras que la infalible Gran Muralla estaba siendo erigida con aprobación divina para brindar por primera vez en la historia una base segura para una nueva Torre de Babel. Este enigmático pasaje, no obstante, contiene un sutil matiz de lo babélico en el sentido de un lugar donde reina el caos, cuya enmienda Kafka resuelve mediante una alegoría invirtiendo la cronología de los hechos: *Primero la Muralla, por consiguiente; luego la Torre.* El caudal discursivo se ciñe al osado y lúdico costumbrismo kafkiano, de modo que incluso el perplejo narrador confiesa no concebir, pese a distintos contextos diacrónicos, una analogía siquiera morfológica entre ambas obras de eminencia arquitectónica:



La Gran Muralla china
Fotografía: Enrique Villaseñor

¿Cómo entender que la Muralla, que ni siquiera formaba un círculo, sino una especie de arco o semicírculo, fuera la base de una torre? Claro está que todo eso puede encerrar algún sentido simbólico. Pero entonces, ¿a qué levantar la Muralla, que al fin y al cabo era algo concreto, que exigía la vida y la labor de innumerables hombres? ¿Y a qué los planos de la torre —planos un tanto nebulosos, en verdad— y los diversos proyectos para encauzar las energías del imperio en esa gigantesca empresa?

Todo, absolutamente todo, se subordinaba a la construcción de la Muralla, siendo ésta la finalidad única de la existencia humana. Bajo este panorama subyace la proclamación de la hegemonía de la arquitectura y la albañilería, mientras que las demás ciencias obtuvieron un reconocimiento supletorio. Todos *meditaban* sobre la Muralla, incrustándola en sus quehaceres cotidianos. Desde las tinieblas de la infancia el relator evoca un *episodio mínimo* denotativo del espíritu de su época:

Nosotros, niños aún, nos agrupábamos en el jardín del maestro para levantar con piedritas una especie de muro, y el maestro se remangaba la túnica, arremetía contra el muro, lo hacía pedazos y vociferaba tan fuertes reproches acerca de la fragilidad de la obra que nosotros huíamos en busca de nuestros padres.

¿Quién es el taciturno narrador de los hechos: la voz de Kafka, la voz de los constructores, la voz de China, o una totalidad de voces cuyo emisor carece de nombre? ¿Acaso es un observador imparcial? ¿Un relator inocente cuya diligencia permite que la duda y la confusión se inmiscuyan en la eufórica pulcritud de su testimonio? Proveniente del sureste de China, de los contrafuertes de la meseta tibetana, de una aldea despojada de nombre, tuvo la suerte de *iniciarse* en la gran obra a los veinte años; emprendió innumerables *peregrinajes* sin hallar la pureza de las costumbres de su aldea; palpó la inmensidad de su China natal; develó acertadamente el significado de aquellas intermitencias en la portentosa infinitud de la Muralla, en la cual se personifica el *imperio más antiguo de toda la tierra*, su decadencia y su agonía, a partir de las configuraciones del olvido:

Desde la construcción de la Muralla hasta el día de hoy, me he entregado casi exclusivamente a la historia comparativa de las naciones [...] y he llegado a la conclusión de que los chinos estamos dotados de algunas instituciones sociales y políticas cuya

claridad es incomparable, y también de otras cuya oscuridad es desmesurada. El deseo de investigar las causas de esos fenómenos (especialmente los últimos) no me abandona nunca ya que la construcción de la Muralla guarda una relación esencial con esas cuestiones. La más oscura de nuestras instituciones es indudablemente el Imperio... Tan inclinado está nuestro pueblo a ignorar el presente [que] emperadores muertos hace siglos suben al trono en nuestras aldeas... Batallas de la historia más antigua son recientes para nosotros... Pekín es más inconcebible para nosotros que la otra vida... Pekín y su Emperador son una sola cosa: una tranquila nube que gira eternamente cerca del sol.

La Muralla china, en la versión concebida por Kafka, arquitecto visionario y ecléctico, encierra una reflexión teológica concerniente al ordenamiento de un mundo poblado de fisuras, pliegues, nichos y hendiduras. La magnificada infinitud de la Muralla (y del Imperio) engendra, desde su disimulada fragilidad, una genealogía de congéneres —metáforas existenciales y fenomenológicas— que presagian el advenimiento de su propio eclipse; con él desfallece la soberbia de los imperios y sus reliquias. Así, la Muralla se transforma en una figura redentora, cuya combinatoria de temporalidades y escenarios desafía el aletargamiento que padecen los constructores ante la infinitud, vislumbrando no obstante destellos de esperanza. ■

Bibliografía

- Alariste, Sealtiel, *El daño*, Joaquín Mortiz, México, 2000.
Blanchot, Maurice, *De Kafka a Kafka*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.
Kafka, Franz, *La muralla china*; en *Obras completas*, tomo IV, pp. 1261-1282 (traducción al español por A. Laurent), Edicomunicación, Barcelona, 2003.
Kafka, Franz, *Metamorphosis*, (con dibujos y grabados de José Luis Cuevas). The Limited Editions Club, Nueva York, 1984, (Introducción: Robert Coles, Traducción: Willa y Edwin Muir).
Kundera, Milan, *Los testamentos traicionados*, Tusquets Editores, México, 1994.
Perutz, Leo, *De noche, bajo el puente de piedra*, Océano, México, 1998.
The Worlds of Kafka & Cuevas, Falcon Press, Philadelphia, 1959, (con ilustraciones de José Luis Cuevas, fragmentos de distintas obras de Kafka y de la Biografía de Franz Kafka escrita por Max Brod).
Walter Benjamin, *Imaginación y sociedad. Iluminaciones*, Taurus Ediciones, Madrid, 1988.

Nota del editor

Bitácora agradece la generosidad del artista plástico José Luis Cuevas, así como a Beatriz del Carmen Cuevas, directora del Museo José Luis Cuevas.